ROXANNE B. MARCUS

APLICACIÓN DE LA TEORÍA DE JUNG A LA INTERPRETACIÓN DE DOÑA INÉS EN *JUANITA LA LARGA* DE VALERA

[Juan Valera ha ganado no sólo la reputación de ser una anomalía literaria entre los novelistas del siglo XIX sino también la merecida fama de ser el iniciador de la novela psicológica en España. Este observador perspicaz de la personalidad humana expresó en su novela *Juanita la larga* la dificultad que experimentaba en describir bien para el lector el concepto que se había formulado de una de las heroínas, doña Inés, una mujer, según Valera, de carácter «enrevesado y complejo». Este trabajo tiene por objeto describir este carácter a la luz de la teoría de C. G. Jung de los arquetipos y así reforzar la verosimilitud y la alta calidad de la intuitiva penetración psicológica de Valera en el caso de doña Inés. El comentario sobre esta heroína se ha limitado hasta ahora a una interpretación de ella como una creación necesaria a la historia cuyos cambios de actitud hacia Juanita, difíciles si no imposibles de aceptar, destruyen una impresión de unidad en la presentación de doña Inés. Pero cuando examinamos los móviles de sus actos y pasiones en términos de los arquetipos principales de Jung: *persona, animus/anima, shadow,* la interpretación de Inés resulta reveladora y convincente tanto en un plano estético como psicológico.]

Hacia la conclusión de *Juanita la Larga,* Valera afirma que Doña Inés era una figura de tan compleja y complicada naturaleza que a menudo sentía haberla incluido como una de las heroínas a causa de la dificultad que había encontrado al describirla y al clarificar para sus lectores el concepto que de ella ya había formulado para sí mismo:

Era doña Inés López de Roldán personaje de carácter tan enrevesado y complejo, que a menudo me arrepiento de haberla sacado a relucir como

una de las dos heroínas de esta historia, porque hallo difícil describirla bien y transmitir a mis lectores concepto igual al que tengo formado de ella, investigando y dilucidando con claridad el móvil de sus pasiones y de sus actos[1].

Aunque el modelo de personalidad y comportamiento intrigantes de Inés invitan a la especulación psicológica y al análisis, es uno de los personajes principales menos estudiados en la bibliografía crítica de la novelística de Valera[2]. En su intento de ocuparse racionalmente del «tenebroso enigma de su figura moral y de su extraña condición y naturaleza» (pág. 613), Valera se refiere a la teosofía, a la teoría platónica de las tres almas del hombre y a *Las tres vidas del hombre* de fray Miguel de la Fuente y después procede a ofrecer su propia tripartición de la personalidad de Inés:

Había en doña Inés tres energías o poderes distintos, escalonados y sobrepuestos, ora de acuerdo los tres, ora independientes y en guerra, aunque formando, durante esta vida mortal, la unidad inseparable de su singular individuo (pág. 613).

Esta tripartición, a través de la cual Valera establece la base de la relación de Inés con otros tres personajes en la obra, también establece como realidad para Valera que Inés debe luchar con ellos y trata de satisfacer y reconciliar las necesidades contradictorias de su personalidad y que son estas mismas paradojas en su naturaleza las que definen su «singular individuo»[3]. Pero Valera

---

[1] *Obras completas* (Madrid, 1958), I, 613. Las páginas correspondientes para todas las demás citas están indicadas en el texto.

[2] Ver en particular Carmen Bravo-Villasante, *Biografía de don Juan Valera* (Barcelona, 1959); Cyrus DeCoster, *Juan Valera* (Nueva York, 1974); Luis González López, *Las mujeres de don Juan Valera* (Madrid, 1934); José Montesinos, *Valera o la ficción libre: ensayo de interpretación de una anomalía literaria* (Madrid, 1957).

[3] «Para cada uno de estos poderes se había buscado doña Inés un ministro, o, si se quiere, una ministra. Para su alma sensual, que entendía y se empleaba en las cosas y negocios corpóreos y vulgares, tenía a Crispina, que la ponía al corriente de todos los sucesos del lugar sin elevación ni trascendencia. Para su alma sentimental, concupiscible, irascible y discursiva; para su facultad y aptitud de aborrecer, amar y calcular, sobre todo en relación con lo temporal y visible, tenía a la discreta criada Serafina. Y para el alma pura o ápice del alma; para la suprema porción del entendimiento y del afecto, porción toda espiritual y divina, simple inteligencia o mente, había estado doña Inés sin ministra durante largos años, hasta que, por último, la había hallado o la había creído hallar en Juanita la Larga». *O. C.*, I, 613.

no intenta explorar los motivos interiores y los efectos psicológicos en relación a tres energías o fuerzas contradictorias que juntas constituyen la unicidad o personalidad de Inés. El objetivo de este estudio es demostrar que las penetraciones psicológicas sugeridas por la teoría de los arquetipos de Jung, principalmente *persona, ánimo* y *sombra* resultan ser muy iluminadoras al proporcionar una explicación a los motivos de las pasiones y acciones de Inés[4]. A la luz de estas penetraciones, el cambio en la actitud y comportamiento de Inés hacia Juanita, hasta ahora contemplada como necesaria para la historia pero al parecer fuera del personaje y difícil de aceptar, resulta ser plausible y no destruye la impresión de unidad en la descripción que Valera hace de este personaje[5].

Cuando Valera presenta a Inés, en el segundo capítulo de la novela, establece claramente su *persona:* «la imagen pública o la máscara tras la que ha elegido vivir»[6]. El papel convencional de «primera dama» del pueblo de Villalegre que ha asumido, le impone la obligación de adoptar las características de esa posición y, consecuentemente, se esfuerza en dar la apariencia de ser aristócrata noble y cristiana ejemplar en los variados papeles sociales que interpreta como esposa, madre, hija, amiga, vecina. Se nos dice que, efectivamente, ocupa una posición de respeto social, prominencia y poder como hija de don Paco, la mano

---

[4] La psicología junguiana, basada en la totalidad psíquica, enfatiza el llevar a una armonía cada vez mayor las varias facetas de la personalidad a través de la aceptación consciente y por lo tanto reconciliación, sobre el nivel consciente, de las paradojas que Jung cree inherentes a nuestra naturaleza. Al dirigirse a la cuestión de la personalidad, Jung, como Valera, habla de tres fuerzas principales o «energías», pero para Jung son los tres arquetipos, *persona, ánimo/ánima,* y *sombra,* que, de innumerables arquetipos que pueden surgir del inconsciente, parecen ser de la mayor significancia y ejercer la mayor influencia sobre el hombre. Ver Carl G. Jung, *Man and His Symbols* (Nueva York, 1964) y Frieda Fordham, *An Introduction to Jung's Psychology* (Middlesex, 1966).

Un arquetipo es «un contenido del inconsciente colectivo que es la contrapartida psicológica del instinto. También usado ampliamente para designar una imagen colectiva o símbolo». Fordham, pág. 146.

[5] «No es sorprendente que Andrés se resignara rápidamente con la boda... Es difícil aceptar el cambio rotundo de Inés y su aceptación de Juanita como madrastra». Cyrus DeCoster, pág. 139.

[6] La *persona* es «la faceta de la personalidad que se vuelve al mundo y por la que se establece una relación con el entorno». Cada sexo tiene una *persona* y es un «fenómeno colectivo, una faceta de la personalidad que bien podría pertenecer a cualquier otro», y está asociada con la máscara o papel social convencional que uno elige para relacionarse con el mundo. Fordham, págs. 48, 146.

derecha del cacique, don Andrés, como la «venerada esposa» de don Álvaro, como la amiga íntima y asociada del admirado Andrés y del párroco del pueblo, padre Anselmo. Estos dos hombres son, de hecho, sus asociados más cercanos, sus compañeros constantes en sus tertulias, y los tres juntos constituyen el triunvirato dirigente de Villalegre. La novela conforma que Andrés, el único, se nos dice en el cap. 2, que realmente la entiende, desempeña bien la función de la elaboración novelística de la personalidad de Inés a través de su compromiso (explícito y sugerido) con ella en el nivel de acción externa y que representa, en virtud de sus naturalezas parecidas, otra vía de clarificación en la investigación de la personalidad de Inés, especialmente, como veremos, en términos de su *sombra.* Anselmo, al expresar su admiración por Inés, emerge como una voz dentro de la novela que define las características de la *persona* que Inés ha elegido y afirma que ella ha tenido éxito al interpretar bien su parte:

> El padre Anselmo, que así se llamaba el cura párroco, admiraba de buena fe a la señora doña Inés como a un modelo de profunda fe religiosa y de distinción aristocrática. Era el tipo ideal realizado de la gran señora, tal como él se la imaginaba (pág. 533)... no veía o no creía ver en ella sino virtudes, la prudencia, la caridad, el recogimiento y la piedad religiosa. Para el padre Anselmo era doña Inés modelo de casadas y de madres de familia y dechado ejemplar de señoras distinguidas y doctas (pág. 559).

Sin embargo, también es en el segundo capítulo donde Valera inicia el proceso de minar la noción de que la imagen pública o *persona* de Inés es sinónima de su personalidad real o completa. Por consiguiente, se la describe no solamente como elegante, atractiva y discreta, sino también como la más engreída *(empingorotada)* mujer del pueblo. Exacto, está casada con el más ilustre *caballero* del pueblo, pero que es, en realidad, disoluto, innoble, un jugador y un mujeriego; para resumir, la antítesis de la distinción aristocrática, dignidad, nobleza y virtud cristiana, quien se rumorea, juega más allá de sus posibilidades y cuya inclinación por la caza y por los asuntos extramatrimoniales lo mantienen fuera del hogar más de la mitad del tiempo. Se hace evidente que Inés no se casó con él por amor, sino por su posición social y por el poder que le podría reportar a ella. Su presunción social se revela por el hecho de que tenga pocas, si tiene alguna, amigas, ya que ella se considera superior al resto de las mujeres

(hidalguitas y *labradoras)* en la ciudad. Finalmente, Valera siembra las semillas de la sospecha con la intimidad, que continúa a lo largo de la novela, de un asunto entre Andrés e Inés.

A través de una hábil interacción de ironía y ambigüedad, Valera establece como hecho o sugiere con fuerza que existen una serie de discrepancias, si no contradicciones categóricas, entre los rasgos característicos de la *persona* que Inés ha elegido y las menos socialmente aceptables o deseables emociones, actitudes y acciones que también son facetas de su personalidad y que se expresan sea consciente o inconscientemente. Recordando que es Anselmo quien define, en términos de realidad social, la *persona* de Inés, también hay que hacer notar que inicialmente se le describe como fraile dominicano excomulgado, y Valera procede a describirlo satíricamente, en el curso de la narración, como una figura superficial, estrecha de miras, típica en el punto de vista, según Valera, de la mentalidad neocatólica, viendo sólo lo que quiere ver e incapaz de penetrar por debajo de la superficie de la realidad. Por consiguiente, se nos dice en el capítulo XVI que Anselmo es totalmente ciego para los pecados y defectos personales de Inés que, somos conscientes, son conocidos por los demás, especialmente por Paco y por Juanita. En términos del análisis psicológico de Inés, la ceguera de Anselmo se puede considerar como una reflexión de la represión de Inés o como presionando en el inconsciente de sus defectos. Si miramos de cerca las referencias en el segundo capítulo, el capítulo en el que se presenta a Inés, que se hacen a las ideas de Anselmo acerca de ella, no podemos menos que apreciar, especialmente con percepción retrospectiva, la sutil ironía que subyace detrás de ellas. Por ejemplo, Valera contrasta las *mil picardías* de las murmuraciones del pueblo con la interpretación de Anselmo de las relaciones entre Inés y Andrés como una amistad refinada y platónica entre dos «espíritus selectos», y Valera insiste, en esta coyuntura, en que Anselmo era uno de los pocos que realmente entendía la amistad. Referencias posteriores a estos dos «espíritus selectos» ponen en tela de juicio irónicamente, sea directamente, sea apareciendo la sospecha que no está ni atenuada ni disipada, la validez de la afirmación de Anselmo. Igualmente, hacia el fin del capítulo, Valera declara que Andrés «era la única persona que por *naturaleza* estaba a la altura de doña Inés y era capaz de comprenderla y admirarla» (pág. 534). Consecuentemente, escribe con ironía considerable inmediatamente después que Anselmo entendió «como nadie el valor y las excelencias de

doña Inés» (pág. 534). Hacia la conclusión de este capítulo, Valera lo deja suficientemente claro, con la cómica economía característica de su arte de sugestión e ingenio irónico, hay un vacío sustancial entre la *persona* de Inés y otros aspectos de su personalidad. Al progresar la narración, vemos que es vana, egoísta, con prejuicios, dogmática, agresiva, dominante, hipócrita, discretamente mentirosa, a menudo irracional, pueblerina, aristócrata de primera generación por matrimonio, con una mentalidad *cursi*[7].

Valera no persigue una investigación psicológica y sistemática de las causas y los motivos de los paradójicos rasgos de la personalidad de Inés, ni reflexiona a través de las cartas, diálogo o monólogo cómo se las arregla con la diferencia entre la apariencia y la realidad. Sus repetidas sugerencias de las contradicciones en su vida entre teoría y práctica indican, sin embargo, que está atrapada en una malla de hipocresía y engaño, una situación difícil común a los que, según Jung, intentan vivir mejor o de manera más noble de lo que en realidad son y que caen en la categoría de los supervirtuosos —aquellos cuyos ideales son demasiado altos o están basados en una ilusión[8]—. El conflicto resultante entre su *persona* y su *sombra* se manifiesta muy a menudo a través de la irritabilidad y la intolerancia, síntomas que están corroborados en la novela con ejemplo atribuible a Inés[9]. Estos rasgos, asociados a Inés desde el comienzo, toman un significado especial dentro del contexto del conflicto entre Paco y Juanita por un lado y por el otro Inés a la luz de la proyección de su *sombra* en Juanita.

---

[7] La mentalidad *cursi* o presunción social de Inés y el hueco entre lo que le gustaría considerarse y lo que realmente es, están subrayados en el siguiente capítulo cuando Valera escribe: «Doña Inés López de Roldán distaba mucho de ser una lugareña vulgar y adocenada... en su tanto de méritos mirados, o sea guardando la debida proporción, pudiéramos calificarla de una princesa de Lieven o de una madame Récamier aldeana». *O. C.*, I, 545. En su artículo, «Aparición y desarrollo de nuevas perspectivas de valoración social en el siglo XIX: Lo cursi», en *Revista de Estudios Políticos,* 42 (marzo-abril 1952), 85-106, Enrique Tierno Galván sugiere que *lo cursi* es indicativo de una debilidad fundamental de la burguesía como individuos y como clase: están satisfechos de lo que poseen, pero no de lo que son.

[8] Ver Fordham, pág. 51. Son significativas las repetidas afirmaciones ambiguas respecto de los pecados o posibles pecados de Inés que se relacionan con la sugerida dicotomía en su vida entre teoría y práctica, apariencia y realidad. Ver *O. C.*, I, págs. 564, 577, 578.

[9] Por ejemplo, ver *O. C.*, I, págs. 539, 609.

Si consideramos a Inés específicamente en términos de su *sombra,* ese aspecto de la personalidad asociado con la parte primitiva, incontrolada y animal de la naturaleza de una persona, encontramos que se puede trazar un paralelismo notable entre las generalizaciones teóricas de Jung acerca de la influencia que este arquetipo ejerce en el individuo y en el modelo de conducta de Inés[10]. Jung mantenía que todo el mundo tiene una *sombra,* debe vivir con ella, y que si uno llega a conocer y reconocer aspectos de su *sombra* (enfrentándose así a la vergüenza y al sentido de culpabilidad que eso implica), entonces uno puede vivir con ella de manera más cómoda, ha crecido psicológicamente y ha dado un paso hacia una integración mayor de la personalidad. Cada sexo tiene una *sombra,* pero Jung estipula que «la sombra de un hombre está personificada en otro hombre, la sombra de una mujer por otra mujer»[11]. «La sombra aparece en sueños, personificada como una mujer inferior o muy primitiva, alguien con cualidades desagradables o alguien que nos disgusta»[12]. Más que hacer frente a los defectos revelados por su *sombra,* a menudo una mujer, según Jung, proyecta sus defectos en otra mujer a través de medios tales como la murmuración maliciosa o la condenación pública.

El retrato que Valera hace de Inés refleja certeramente el proceso psicológico de la proyección dentro del contexto de la acción que gira en torno al conflicto entre ella y Paco y Juanita[13].

---

[10] La *sombra* es «el lado "natural" inconsciente de un ser humano»; i. e., es «el inconsciente personal; es todos esos deseos y emociones incivilizados que son incompatibles con las normas sociales y nuestra personalidad ideal, todo de lo que sentimos vergüenza, todo lo que no queremos saber acerca de nosotros mismos. «La *sombra* es personal en la medida en que están implicados nuestras propias debilidades y fracasos, pero como es común a la humanidad, también se puede decir que es un fenómeno colectivo. El aspecto colectivo de la sombra se expresa como diablo, bruja o algo similar.» Fordham, págs. 50, 147.

[11] *Ibid.,* pág. 52.

[12] *Ibid.,* pág. 50.

[13] Es interesante tomar nota que en el contexto del análisis psicológico de Inés, cuando Valera comenta acerca del carácter moral y de las actitudes sociales de Andrés, realmente está describiendo el proceso de proyección inconsciente: «Como hombre a quien la elevada posición no venía de abolengo porque su padre y él se habían levantado por saber y esfuerzos sobre la plebe a que pertenecían, don Andrés, sin poderlo remediar, y más bien a causa de que a pesar de su mucho entendimiento, tenía peor opinión de la gente menuda que aquellos que desde tiempo inmemorial, o después de una larga serie de antepasados ilustres, descuellan entre el vulgo... don Andrés, como no pocas otras personas que por ellas mismas se encumbran, se sentía muy superior a cuantos prójimos le rodeaban. Y

Este conflicto se intensifica cuando Paco corteja públicamente, agasaja y desea casarse con Juanita, esta hija ilegítima de una criada, haciendo así madrastra a Juanita de la «ilustre» doña Inés de Roldán[14]. En el plano consciente, Inés desprecia a Juanita a causa de su nacimiento ilegítimo y de su posición social inferior, y, por lo tanto, se opone al matrimonio en nombre de la salvaguardia de la dignidad de la jerarquía social existente, una acción sancionada y recomendada por Anselmo en sus sermones semanales. Como consecuencia, Inés se siente completamente justificada al intentar impedir la usurpación por parte de esta mujer inferior de su herencia legítima. Si tenemos en cuenta lo que conocemos de Inés a la luz de este estudio, junto a las indicaciones que nos da Valera respecto a su oposición al matrimonio, podemos asociar más acertadamente su indignada oposición con su envidia de la belleza y gracia de Juanita y con el peligro que Juanita representa para la ilusoria o pomposa noción que Inés tiene y para sus intereses económicos; de hecho, las dos últimas consideraciones fueron las motivaciones principales de su matrimonio sin amor y oportunista (pág. 564).

Así Inés se ve empujada a una crisis psicológica cuando se enfrenta al posible matrimonio y su incapacidad o desgana para enfrentarse con la crisis haciendo frente a su propia debilidad y defectos personales —egoísmo, narcisismo, vanidad, codicia, cursilería y, posiblemente, un asunto con Andrés— se puede interpretar como la causa subyacente en el fondo de su actitud negativa y crítica destructiva de Juanita que culmina en la brutal y emotiva escena que ocurre en la iglesia un domingo. En base de la caracterización de Inés y Juanita a lo largo de la obra, está

---

como él era, además, inteligente escrutador del valer propio y se encontraba, aunque apenas osaba confesárselo, con no pocos defectos y vicios, no podía menos de atribuir o de conceder muchísimos o más a cuantas personas miraba en torno de él, dominándolas y humillándolas.» *O. C.*, I, 609. Por lo tanto, Andrés se puede considerar como una elaboración de la *sombra* de Inés.

[14] En «La Cordobesa» *(O. C.*, III, págs. 1279-1310), escrita en 1872, donde Valera expone su concepto de la esencia de una mujer cordobesa típica, lo hace en términos de la figura de Juana, descrita como hembra ejemplar de extraordinarios talentos en la esfera doméstica. En *Juanita la Larga,* Juana toma una posición secundaria sólo en relación con la de la hija, Juanita. Por lo tanto, a través de los talentos como cocinera de Juana, se eleva a la posición única de tener una sirvienta para cuidar su casa cuando ella sale a preparar sus exquisiteces para personas como doña Inés. Inés la mira con desdén como miembro de una clase más baja, pero hipócritamente se aprovecha, cuando es necesario, de los talentos de Juana.

claro cuando Inés atribuye a Juanita un comportamiento socialmente inaceptable y especialmente cuando se refiere metafóricamente a Juanita como un primitivo animal incontrolado que realmente está proyectando los impulsos incontrolados y las cualidades asociadas con su propia *sombra* en otra persona que le disgusta y a la que considera inferior. Es entonces más significativo que cuando Inés se enfrenta por primera vez con su padre a propósito del posible matrimonio, ella se refiere a Juanita como a una yegua salvaje y desacredita su comportamiento por entretenerse en largas conversaciones con «dos mujeres tan ordinarias e indecorosas» como Juanita y Juana:

¡Válgame Dios, señor padre! Lo había oído decir, pero no lo había querido creer hasta que lo oigo de su boca. Extraño me parece que una persona de posición, de la gravedad y de los conocimientos de usted se deleite rebajándose y dando conversación, durante horas enteras, a dos mujeres tan ordinarias y tan poco edificantes como las Juanas... No niego yo que la Juanita es guapa, aunque más que de honrada mocita tiene trazas de desaforado marimacho o de *desenfrenada potranca*. Pero, aunque fuese Juanita la propia diosa Venus, debía usted (perdóneme, señor padre, si se lo digo, por el interés y el amor que me inspira), debía usted no avillanarse yendo a diario a su casa. Pecado y vicio sería ir allí solo y como favorecido vencedor[15].

En otra ocasión expresa de nuevo su desdén por Juanita como ser inferior, en estos términos:

Lo de que don Paco hubiese regalado también parte de su chocolate irritó ferozmente a doña Inés; lo consideró una verdadera profanación, y casi le hizo perder los estribos[16].

El matrimonio propuesto se convierte así en el agente catalizador del conflicto en el nivel externo de la acción, y este conflicto se entiende mejor a la luz de los motivos de la lucha interna que existe dentro de Inés y sus efectos psicológicos.

Unido al efecto de proyección está el despertar de la voz

---

[15] *O. C.*, I, 564. El subrayado es mío. Ver J. E. Cirlot, *A Dictionary of Symbols* (Londres, 1967), págs. 144-145, respecto al simbolismo del caballo tal y como está relacionado con la zona inconsciente, instintiva y natural.

[16] *O. C.*, I, 547. Según el *Diccionario manual ilustrado de la lengua española* de la Real Academia (pág. 1244), el significado figurado de profanar —deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables— evidentemente, recalca la ironía intencionada.

negativa y destructiva del *ánimo* de Inés, un resultado inconsciente que dramáticamente tiene su momento culminante en el sermón del domingo de Anselmo en el cap. XVI[17]. En sus conversaciones con Inés y en sus sermones, se nos dice, Anselmo se dirige generalmente a la incredulidad blasfema y a la corrupción que él e Inés consideran símbolos de su edad. El sermón al que nos referimos, sin embargo, a diferencia de las discusiones de tertulia o de otros sermones mencionados, está reproducido tanto directamente como de forma resumida; y sabemos que, en esta ocasión, Inés ha manipulado hábilmente a Anselmo de modo que, a través de la insinuación, asocia claramente a Juanita con la ambición, la avaricia y la lascivia, las fuerzas corruptoras del día contra las que siempre predica. Pero ahora, por primera vez, lo está haciendo con Juanita en el pensamiento y este sermón refleja una vez más, por lo tanto, la proyección por parte de Inés de sus defectos personales, de su culpa y de su sentido de inferioridad. El sermón demuestra cómo se usaba la religión por los ultraconservadores para justificar los ataques a los enemigos personales y que se sacaba a colación para soportar los asuntos sociales y políticos[18]; pero tiene una significación mucho mayor para este estudio a causa de que Anselmo se puede considerar como la personificación de la función negativa de la voz del *ánimo* de Inés y él se puede ver, por segunda vez a la luz del análisis psicológico de Inés, como mucho más que una figura *costumbrista* que únicamente contribuya a la atmósfera local, refleja al controlado ingenio satírico de Valera y facilita el movimiento del argumento. El *ánimo* lleva valores espirituales y es el asiento de presunciones inconscientes y de juicios críticos. Mientras que el *ánima* de un hombre es personificado como mujer, el *ánimo* se representa generalmente como un grupo de hombres y

---

[17] Con relación al arquetipo del *ánimo/ánima,* «el inconsciente del hombre contiene un elemento femenino complementario» que Jung califica el *ánima,* y el inconsciente de una mujer contiene un elemento de alma masculina que él designa el *ánimo,* los cuales son imágenes colectivas heredadas o arquetipos. Fordham, pág. 52.

[18] Estéticamente, el sermón corrobora las opiniones expresadas por Valera en su «Ensayo sobre el catolicismo» *(O. C.,* II, págs. 1377-1392), en el que critica la tendencia de Donoso Cortés hacia las generalizaciones absolutas, su inflexibilidad y su insistencia en confundir política y religión. En un capítulo siguiente, Valera mina la validez de los juicios de Anselmo: «Don Policarpo comentó el sermón de aquel día con maliciosa agudeza, sosteniendo irónicamente que el padre tenía razón». *O. C.,* I, pág. 567.

puede aparecer en sueños o a menudo se oye simplemente como una voz[19]. En la novela pues, como en los sueños, el *ánimo* personificado proporciona una oportunidad para comprender lo que ha sido inconsciente y así entender, con penetración nueva, la posición dogmática de Inés en contra del matrimonio. Esta voz permite así al lector oír, por medio de Anselmo, la voz interna del *ánimo* de Inés en actividad negativa intensamente despertada[20].

El potencial destructivo del *ánimo* de Inés es discernible desde el principio. Su voz interna la convence de que la crítica de Juanita, así como la de su padre, es de hecho buena para ellos. Está claro que las palabras clave asociadas por Jung con una mujer bajo la influencia de la actividad negativa del *ánimo* intensamente despertado —agresivo, dominante, argumentativo cuando se cuestionan las opiniones, poder ansioso, dogmático, tiránico y ciego a la razón— sientan extraordinariamente bien a Inés y, especialmente, durante el período inmediatamente anterior, durante y siguiente al sermón de Anselmo[21]. Además, la clarifi-

---

[19] Fordham, pág. 56.

[20] El *ánimo,* la fuente de afirmaciones, opiniones y juicios críticos inconscientes en una mujer, pueden ejercer tanto una influencia positiva como negativa sobre la persona. Su función es mediar entre la mente consciente y la inconsciente. Esta voz interior puede ejercer una poderosa influencia sobre una mujer y hacer imposible que vea las cosas como realmente son. Por lo tanto, debe estar en guardia si tiene que mantenerlo reprimido. Esta voz la convence de que su crítica ciega, destructiva y negativa es buena para la víctima a la que se dirige. Le dice a la mujer qué cosas se deben o no se deben hacer de cierta forma y, en efecto, tiene poco, si tiene algo, que hacer con su propia realidad personal. El *ánimo,* la imagen colectiva del hombre, está también inicialmente influenciada por el padre de la mujer que «dota el ánimo de su hija con un colorido especial de convicciones "verdaderas" indiscutibles e incontrovertibles —convicciones que nunca incluyen la realidad personal de la mujer como realmente es». Carl G. Jung, pág. 189. Don Paco, el padre de Inés, es presentado en la novela como hombre que no es agresivo sino modesto y, en este sentido, débil, y cuyas acciones y convicciones personales lo muestran como hombre de virtud cristiana cuya tolerancia, moralidad personal y respeto por la dignidad de los demás, sin tener en cuenta su clase social, no levantan sospechas acerca de su sinceridad. De ahí que, aunque estas convicciones son las que primero influenciarían al *ánimo* de Inés, tienen poco que ver con su realidad personal como se evidencia en la lucha entre su *persona* y su *sombra.* Ver, por ejemplo, *O. C.,* I, págs. 539, 542, 565, 583, 609.

[21] En su función positiva, el coraje y la agresividad de este lado de la personalidad de una mujer pueden ser de ayuda al mediar entre el consciente y el inconsciente. Esto está mejor ilustrado en la novela en la caracterización de Juanita, quien es descrita como calculadora, inteligente, persistente y determinada.

cación del *ánimo* de Inés que hace Valera a través de la voz de Anselmo corresponde a la tercera de las cuatro fases perfiladas por Jung en el desarrollo del *ánimo* de una mujer: «En la tercera fase, el ánimo se convierte en la "palabra", a menudo apareciendo como profesor o clérigo»[22]. Confiando en Anselmo como cuerpo autoritario simbólico, la Iglesia, Inés lo manipula para predicar «convicciones sagradas escondidas» de su *ánimo* y, al hacer esto, se crea una brutal y emotiva escena en la iglesia, una escena a la que Valera se refiere como a una «formidable tempestad» e «inmerecida afrenta» que causa tanto en Juana como en Juanita una gran angustia y que despierta su ira[23].

En el curso de su sermón, Anselmo se refiere a Satanás y tales referencias se pueden interpretar, a la luz de la teoría de Jung, como expresión colectiva de la *sombra.* Cuando Inés decide dar golpes furiosos valiéndose de Anselmo, confidencialmente cuenta con la reacción pública para sostener e intensificar los efectos de su ataque a Juanita. A nivel colectivo, la reacción del *pueblo* hacia Juanita es equivalente a un eco de la voz de Anselmo y, por extensión, se puede asociar con el *ánimo* de Inés que razonablemente podemos esperar que encarne convicciones sagradas. Tal asociación está reforzada porque Valera une el recuerdo del *pueblo* con las opiniones predicadas y su autorización al ataque de Juanita para la expresión popular colectiva de las convicciones sagradas de la gente, principalmente proverbios. Por eso, con relación al impacto del insinuante sermón de Anselmo, escribe Valera:

De esto se encargó la maliciosa envidia de las mujeres, excitada con disimulo por doña Inés. Todas hicieron a la emperejilada Juanita blanco de sus insolentes miradas. La consideración del origen ilegítimo de la muchacha vino a corroborar la creencia de que era pecadora. Cada cual

---

[22] Jung, pág. 194. En términos de las cuatro fases del desarrollo del *ánimo,* Jung afirma que el *ánimo* «aparece primero como la personificación de un mero poder físico», y esta fase podría asociarse con la inicial atracción de Álvaro cuando Inés proyecta su *ánimo* sobre él. En su próxima fase «posee iniciativa y la capacidad para la acción planeada», una fase con la que se puede relacionar a Andrés. La cuarta fase no es aplicable a Inés, ya que se refiere al *ánimo* como «la encarnación del significado... un mediador de experiencia religiosa por el que la vida adquiere un nuevo significado». Ver Jung, pág. 194.

[23] *O. C.,* I, pág. 560. «El ánimo puede tomar la forma de una escondida convicción "sagrada". Cuando una convicción tal se predica con masculina, insistente y alta voz masculina o se impone a otros por medio de escenas emocionales brutales, la masculinidad subyacente en una mujer es fácilmente reconocible.» Jung, pág. 189.

recordó, allá en sus adentros, alguna de las varias sentencias vulgares que sostienen como verdad la transmisión de la culpa por medio de la sangre; de tal palo, tal astilla; la cabra tira al monte; quien lo hereda no lo hurta; de casta le viene al galgo el ser rabilargo; así la hija y así la manta que las cobija (pág. 560).

Resuelta a vengarse de la indignidad pública y de la condena que han sufrido ella y su madre, Juanita emprende un inteligente y bien calculado plan para ganar el favor de Inés, para refutar las acusaciones de indecencia moral y falta de integridad y para afirmar públicamente su dignidad. Mujer tan determinada y tan calculadora como Inés, Juanita se abre camino en el hogar de Inés como la última costurera, después de haber dedicado más de un año a asegurar firmemente su convincente imagen pública como una arrepentida María Magdalena a través de «no pocos sacrificios, trabajos y esfuerzos de voluntad» (pág. 573). La trayectoria de esta relación se puede trazar desde la aceptación recelosa de Juanita por parte de Inés, hasta el amor y respeto por Juanita como modelo de virtud y piedad que entrará en un convento y, finalmente, hasta la aceptación con entusiasmo por parte de Inés de la decisión de Juanita de no convertirse en monja y aprobando así a Juanita como madrastra y como amiga respetada y admirada a la que Inés sabe que no dominará más. Uno de los objetivos de este estudio es demostrar que el cambio gradual en el comportamiento de Inés y su actitud hacia Juanita no es difícil de aceptar cuando se entiende como un indicativo de un grado de desarrollo psicológico de parte de Inés cuando llega a enfrentarse con sus defectos personales tal y como son revelados por su *sombra* y aprende a vivir con ésta con más comodidad, llevando así a una mayor armonía los elementos dispares que definen su personalidad. Cuando la aceptación gradual de su *sombra* progresa, la proyección en Juanita disminuye y finalmente cesa, como deberá ser según Jung, en el momento en que se hace consciente.

Los recelos iniciales de Inés revelan la permanencia de la proyección de su propia *sombra:*

La rígida doña Inés era la más difícil de ablandar. No quería creer en la virtud de la muchacha, y sospechaba que todo era hipocresía (pág. 576).

Acertadamente, Juanita proporciona el motivo psicológico de los recelos de Inés con el siguiente proverbio: «No es mal sastre quien conoce el paño» (pág. 576). Con perseverancia calculada y

con paciencia, Juanita entra en un estado de «gloriosa servidumbre». Ella es vivamente consciente de la naturaleza dominante y dogmática de Inés así como del extremado efecto negativo de su *ánimo* y, por lo tanto, Juanita explota astutamente en su propio provecho la influencia del *ánimo* sobre Inés en una dirección positiva. Cuidadosamente, Juanita trama su liberación final, pero la retrasa hasta que el momento justo se presente y, entre tanto, inteligentemente crea situaciones en el curso de sus conversaciones diarias con Inés, en las que está en desacuerdo lo justo para permitir que Inés crea que finalmente está imponiendo su opinión en beneficio de Juanita. Esto ocurre, por ejemplo, con relación al plan designado, según las declaraciones de Inés, por el propio bien de Juanita, en vista de que el nacimiento ilegítimo de Juanita hace imposible el tipo de matrimonio que su carácter merece[24].

En esta coyuntura de la relación de Inés con Juanita, Inés parece haber sucumbido a la influencia de la «imagen de gran madre» que coejerce influencia en ella junto a la voz positiva de su *ánimo*[25]. Esta influencia dual tiene el efecto de oscurecer en gran medida la percepción que Inés tiene de Juanita quien decide sacar provecho de esta situación para fortalecer su amistad. Por lo tanto, Juanita está determinada a contenerse en oponerse al plan de su entrada en un convento, mientras que mantiene la amistad y el respeto de Inés, hasta que el momento esté madurado para liberarse de la «gloriosa servidumbre» impuesta a ella por la exigente y dominante amiga que, a su vez, se ve a ella misma como protectora de Juanita.

---

[24] Valera escribe sobre las intenciones de Inés de esta forma: «En resolución: doña Inés quiso persuadir a Juanita y me parece que hasta logró persuadirse ella misma, de que deseaba ser monja, de que por imposibilidad, no lo era y de que hacía un sacrificio en no serlo.» *O. C.*, I, pág. 580.

[25] «Cualquiera poseído por esta figura (la imagen de gran madre) llega a creerse dotado con una capacidad infinita de amar y entender, ayudar y proteger y pasará el resto de su vida en el servicio de los demás. Puede, sin embargo, ser también más destructiva, insistiendo (aunque no necesariamente de forma abierta) en que todos los que vienen a su círculo de influencia son "sus hijos", y por lo tanto desvalidos o dependientes de ella en algún grado. Esta tiranía sutil, si se lleva al extremo, puede desmoralizar y destruir la personalidad de los demás.» Fordham, págs. 59-60. Inés demuestra esta tendencia hacia los demás desde el principio y la dependencia impuesta (*tiranía sutil*) es expresada a lo largo de la novela por medio de la sostenida dependencia sobre ella por todo el pueblo y es realzada por el hecho de que es ella la que decide el nombre del bautismo de todos los niños recién nacidos en el pueblo.

Al mantener a Juanita sin oponerse al plan de Inés hasta el momento apropiado, Valera crea el marco para el próximo episodio crucial en el drama psicológico de Inés, un episodio en el que se enfrenta a su *sombra* y en el que cesa su proyección en Juanita. El momento preciso en el que ocurre el cese de proyección no se indica como tal dentro de la novela porque el discurso reproducido por Valera (ver abajo) se tiene que ver como representativo de las numerosas charlas diarias que Inés entabla con Juanita una vez que su relación ha alcanzado el nivel de íntima confidencia: «Esto, con adornos y variantes, era lo que decía doña Inés casi de diario a su amiga y acompañanta» (pág. 579). Este discurso contenido en el capítulo XXIV, se puede considerar un monólogo en el que Inés verbaliza las experiencias internas que hasta ahora no ha podido o ha estado poco dispuesta a contemplar de cerca y a aceptar, pero lo hace de una forma que ella cree que no deslustra su imagen pública. Dirigiéndose ella misma a la cuestión del matrimonio, Inés declara:

> Lo más espantoso..., aunque no lo sé por experiencia, me horripilo de imaginarlo..., es si descubrías en tu consorte vicios y miserias que le hiciesen aborrecido y que hasta asco te causasen. Acudiría entonces a tu espíritu, ¡obsesión diabólica!, un pensamiento pertinaz que puede conducir a los mayores pecados. Figúrate tú que pensase y discurriese como ser racional y filantrópico la turquesa en que se forman las balas, ¡qué desesperación no tendría de que la empleasen tan en perjuicio de la Humanidad! Pues no es menor la rabia de la esposa que, cuando va a ser madre, recela que ha de dar al mundo copias exactas de la ruindad o de la perversidad de su marido. Tan horrible pensamiento la inclinará a ser infiel o la arrastrará a la locura (pág. 579).

Todo lo que se expresa aquí se puede aplicar a Álvaro y a las relaciones de Inés con él. También está claro que Inés no ha sido empujada a la locura. Por lo tanto, Inés está, por admisión propia, inclinada a ser, si ya no lo es, infiel; en otras palabras, es una mujer corrompida de costumbres relajadas por propósito si no por comisión de pecado. Por eso, este monólogo se puede interpretar como evidencia de que Inés finalmente llega a enfrentarse, en el nivel inconsciente, con las cualidades e impulsos que ha estado atribuyendo a Juanita. Su insistente negación de toda base para sus pretensiones, subraya una admisión indirecta para ella misma que se señala al lector por medio de la cláusula

explicativa «aunque no lo sé por experiencia»[26]. Así, Inés ha dado en efecto evidencia de resolución moral al admitir su vergüenza y culpa, y así ha llevado a una mayor armonía las exigencias conflictivas de su *persona,* las convicciones sagradas de su *ánimo* y los aspectos de su *sombra.* La misma admisión de la autoadmisión satisface la necesidad continua de proteger su imagen pública y en sí mismo, esto destaca que era necesario un grado de moral por su parte para encararse con su *sombra*[27].

Ahora, Inés está psicológicamente preparada para aceptar la influencia dominante de Juanita sobre ella, y esto se hace evidente en la fase final del desarrollo de su relación con Juanita. La dramatización de esta fase se puede enlazar con un episodio crítico en la historia relacionado con Juanita y Paco. Esta vez Inés, sometiéndose a los deseos de Juanita, es un testigo oculto de cómo la última, para realizar su búsqueda humana y de respeto como *mujer honrada* a pesar de su origen ilegítimo, defiende dramáticamente su honor al impedir astutamente el intento de Andrés de probar que ella es una *perdida*[28]. Al permitir que Juanita la domine, Inés está señalando, en efecto, el momento en la historia que Juanita ha planeado y ha esperado —el momento en el que Juanita se libera de la «gloriosa servidumbre» y es completamente reconocida como individuo—. Del mismo modo, este momento representa, en términos de la vida psíquica de Inés, el punto en el que la imagen de «gran madre» de la voz de su *ánimo* en su actividad negativa ya no puede ejercer su influencia dominante sobre la vida de Juanita. La aceptación de Inés en

---

[26] A lo largo de la novela las cláusulas entre paréntesis y los calificadores toman sentido irónico cuando se aplican a Inés, a Andrés y a Anselmo, los dos personajes que reflejan los secretos de su vida interior.

[27] En vista de la filosofía del amor de Valera, como está desarrollada en su novela, una fuerza ennoblecedora, podemos atribuir el coraje moral a la influencia de Juanita y, de esta forma explicar también por qué el comportamiento de Inés cambia a mejor solamente en relación con Juanita (y Juana por extensión) como vemos en el resto de la obra.

[28] En esta escena, Juanita, en defensa de su honor, ofrece la prueba verbal, indiscutible y dramática de su virtud moral y es una reminiscencia de las heroínas tradicionales del teatro de la Edad de Oro. Andrés, así como Inés, la ven ahora en términos morales, tal y como Valera quiere que se la vea; por lo tanto, Andrés e Inés contemplan a Juanita en esta escena como una mujer de carne y hueso que para ellos es superior al ideal de los modelos universales de las mujeres que defienden su virtud e integridad. De ahí que Andrés e Inés estén deseosos de ver el matrimonio de don Paco y Juanita consumado y disfruten de la apreciada amistad de la última.

el nivel inconsciente de este cambio en su relación con Juanita, se puede tomar como otra evidencia más del enfrentamiento de Inés con las desagradables verdades sobre ella misma. Como consecuencia, el apoyo entusiasta al matrimonio de su padre con la Juanita de la clase más baja y su abandono del plan de que Juanita entre en un convento, indican que Inés está deseando aceptar el hecho de que el matrimonio de su padre sea más noble que el suyo propio y que ella se enfrenta a la verdad de que ha conseguido su propia distinción aristocrática, en efecto, a través de un matrimonio con un individuo de rango social más alto. Cuando Inés ya no está tiranizada por la intensa actividad negativa de la voz de su *ánimo* en su relación con Juanita, todavía se la puede ver motivada principalmente por el egoísmo en la forma de amor por sí misma. Pero es un amor a ella misma centrado en el ego el que fuerza a Inés a no sacrificar su apreciada amistad con Juanita y que se reconcilia mucho mejor con sus propios sentimientos personales de lo que estaba en el tiempo del conflicto que proporciona la base para la historia. La prueba dramática de la madurez psicológica experimentada por Inés sólo la proporciona Andrés, el personaje que mejor entiende a Inés al principio de la historia. Al esperar que ella reaccione negativamente al acto final de liberación y al matrimonio propuesto de Juanita, él cree que es muy probable que Inés explote como una bomba (pág. 609). Al no hacer eso, Inés no está actuando fuera del personaje, ya que vemos su gradual cambio total en actitud y comportamiento hacia Juanita como evidencia de llevar a mayor armonía las paradojas que definen su personalidad.

Donde es más evidente la impresión de unidad en la descripción de Inés es en sus relaciones con los otros personajes de la novela. Aunque es conducida por motivos materiales, sociales y por necesidades emocionales que se han relacionado con las exigencias de su *persona* y de su *sombra,* no se ve molestada por la crisis y por la confrontación, y su comportamiento hacia los otros personajes es menos detallado. Como resultado de la sostenida y continua influencia dominante que ejercen sobre ella su *ánimo* y el arquetipo de la «gran madre», siempre es dominante en estas relaciones, a veces más agresiva, irracional y dogmáticamente. En el epílogo, es evidente que Valera ha permanecido consecuente en su retrato de Inés como el individuo complejo que hemos encontrado. Todavía la vemos atrapada en una evidente red de hipocresía y engaño con relación a su matrimonio con Álvaro; se puede inferir que continúa su relación con Andrés

e incluso se sugiere indirectamente que él puede haber sido el padre de alguno de sus últimos vástagos, que ahora ascienden a doce, ya que Álvaro:

> Hace ya tiempo que se quedó lelo, paralítico y con los dedos engarabitados. No se sabe si es falta de la lengua o de algún otro órgano del aparato vocal; pero lo cierto es que ya no puede decir, ni dice, sino: «Ta, ta, ta, ta, ta» (pág. 628).

En este punto, con ironía clara como el cristal para el lector, escribe Valera de la amorosa atención de Inés para con Álvaro de la forma siguiente:

> Doña Inés le cuida con esmero y cariño de esposa; pero como es tan moralizadora y tan concitante, le reprende a menudo con suavidad (pág. 628).
> —Cállate, hombre indigno, y padece por el amor de Dios, que no sin justo motivo te castiga. No te verías así si no hubieras tenido una vida tan depravada. Y, al fin, yo creo que te quejas un poco de vicio. Tú tienes miedo porque piensas que te vas a morir. Ya, ya; bien pesado has sido para todo, y me parece que vas a serlo también para morirte.
> Y como don Álvaro contesta con acento muy triste: «Ta, ta, ta, ta, ta», el noble corazón de su esposa se enternece, y, arrepentida ella de las frases duras que se le han escapado, se acerca a don Álvaro con cariño y, para función de desagravios, le da un blando cogotazo, le pasa la blanca mano por la papada o le pega en las narices un amoroso capirotazo (pág. 629).

Así vemos que su naturaleza dominante y las convicciones de su *ánimo* continúan expresándose con vigor y frecuencia, ya que reprocha a Álvaro sus miradas lujuriosas y su «vida tan depravada» que, según Inés, «¡Da asco y vergüenza!» (pág. 628). En la autoadmisión indirecta hecha en presencia de Juanita, Inés había indicado que las circunstancias que había señalado a Juanita como consecuencias de un matrimonio inadecuado, sólo podían producir «asco y vergüenza». Por lo tanto, en las últimas referencias a Inés, encontramos unidad en su caracterización y también vemos, sostenida astutamente, la afirmación hecha en este estudio de que la base psicológica del cambio de Inés hacia Juanita se debe encontrar en el dramáticamente crítico y psicológicamente revelador monólogo discutido previamente.

Este estudio refuerza la relevancia literaria de las generalizaciones formuladas por Jung que hemos aplicado en la aclaración

de los «móviles de sus actos y pasiones» con relación a Inés. Aunque Valera juzga inadecuados sus propios esfuerzos para clarificar la personalidad de ella, hemos encontrado en la presentación de Inés ilustración intuitiva de varias de las principales formulaciones de Jung. La aplicación de la teoría de Jung sobre los arquetipos principales y su influencia en la personalidad, también realza en gran medida la calidad y significación de la caracterización, quizás más allá de la propia apreciación del juicio crítico de su penetración psicológica en esta enigmática figura. Ciertamente, desde el punto de vista de la psicología de Jung, Inés emerge más comprometida, compleja y creíble creación literaria de lo pensado hasta ahora. En efecto, ella no es menos convincente o creíble con relación a la verosimilitud de los motivos psicológicos y de los efectos que otros personajes de las novelas de Valera, a cuyas vidas internas se dedicaba como punto de interés central.

[*Revista Canadiense de Estudios Hispánicos,* Toronto, III, 1979, págs. 259-274.]